

Y en tener tal sospecha no se engaña,
Pues en esta sazón era venido
El licenciado Santa Cruz de España,
Para su residencia proveído;
Despachóse tras él cierta compañía
Si por caso pudiese ser habido,
Y el capitán Luis Bernal venía
Fras él con bien armada compañía.

Hasta Lile siguieron sus pisadas
Los peones y gente de caballo,
Alguna vez doblando las jornadas,
Haciendo su poder por alcanzallo;
Peró por cosas que serán contadas
Menos allí pudieron ya hallallo,
Por haberse partido para Quito,
Cansado del entrada, mas no ahito.

Vadillo pues con miedo semejante
Por aquel émulo que en corte clama,
Trabaja de pasar siempre delante
A ganar opinión y buena fama;
Y agora procuró con el restante
Llegar á la provincia de Cartama,
Que, según por las guías se publica,
Era tierra de minas y muy rica.

Ciertos soldados van por su mandado
Para ver el camino mas seguido,
Y en un pueblo de indios ya quemado
Tuvieron un recuento bien reñido:
Salió Caravajal descalabrado
Y el capitán Mendoza mal herido:
Fueron peligrosas heridas,
Mas ambos escaparon con las vidas.

Por ser pocos los desta compañía,
Por los indios se vieron afligidos;
Pero mostraron bien su valentía
Contra los escuadrones atrevidos,
Pues con ser mucha gente, todavía
Fueron desbaratados y vencidos,
Algunos dellos presos y captivos
Que se llevaron al Vadillo vivos.

El cual se holgó de vellos, y al instante
A preguntar por tierra se levanta,
Que próspera le sea y abundante
Para hacer en ella nueva planta;
Respondieron estar mas adelante
La provincia llamada Caramanta,
La cual es tal, que si la señorea,
Largamente tendrá lo que desea.

Alegres con las nuevas de las guías,
Partieron todos en su seguimiento
Por altas y soberbias serranías,
Que parecen llegar al firmamento.
Y en espacio menor que de tres días
Vieron de poblaciones gran aumento,
Tantas que no tenían ya por bueno
Entrar tan pocos en compás tan lleno.

Vieron la gente bien apercebida
Y con intento firme de esperallos
Para que les sirviesen de comida,
Hacellos postas y descuartizallos;
Pero sin parar ánima nacida
Huyeron desde vieron los caballos,
Y por ser el terreno tan doblado
Ninguno dellos pudo ser tomado.

El primer pueblo destas vecindades
De todas cosas lo hallaron falto,
Y los indios con grandes cantidades
Tenían de la sierra lo mas alto;
Mas con ciertos soldados Juan de Frades
Tomó siete gaudules en un salto,
Y con intérprete que los entiende
Vadillo preguntó lo que pretende.

De por sí cada uno respondía
Sin mostrar intención diferenciada,
Y en el dar las respuestas parecía
Gente de mas razón que la pasada;
Pero del oro que se pretendía
La certidumbre fué menos que nada;
A Guicui cualquiera los aplica,
Afirmándoles ser provincia rica.

Esta razón por el Vadillo vista,
Puesto caso que no sin gran mohína
Y mas avilantez que de jurista,
A morir ó vivir se determina
Llevar mas adelante su conquista,
Antes que revolver á la marina,
Y á las guías mandó que como deben
A la tierra de Guicui lo lleven.

Métenlos por montañas y breñales
Por donde todos van desesperados;
Los lodos y pesados tremedales
Esceden al rigor de los pasados;
Los que son menos y los principales
Caminan del vivir desconfiados,
Por no tener en tiempo tenebroso
Donde tomar brevisimo reposo.

Sin vigor el mancebo y el anciano
Y sin lugar enjuto do se sienten;
Los caballos tampoco comen grano,
Ni topan yerba con que se sustenten;
Juzgan á su mayor por inhumano,
Aunque sienten también lo que ellos sienten;
Pero con padecer esta fatiga
Ninguno dellos hay que contradiga.

Pero vista su grande pertinacia
Que parecía de varón insano,
So color de facecias y de gracia
El comendador Sosa, lusitano,
En un gran lodazal por do se espacia,
Para lo convencer tomó la mano,
Y con aviso de varón prudente
Riéndose le dijo lo siguiente:

« Todos, señor, andamos de mal modo,
Y tengo para mí que cualquier bueno,
Adonde vos estais puesto de lodo
No dudará meterse por el cieno;
Mas si conviene tanteallo todo
Con seso libre, de pasión ajeno,
También sería de persona cuerda
Mirar cómo su vida no se pierda.

« El seso, la razón y la cordura,
Las intenciones buenas y cristianas,
Son menester en esta coyuntura,
Sin dar lugar á conjeturas vanas;
Pues tan acerbo mal y desventura
No pueden comportar fuerzas humanas,
Antes si lo mirais es imposible
Poder vivir con pena tan terrible.

« Al principio peon y caballero
Sufrialo, por ir bien preparado,
Con recias fuerzas y vigor entero,
De negros y caballos ayudado;
Agora ningún mal es sufridero,
Porque llueve, señor, sobre mojado,
Tanto quel mas bien puesto y el mas fuerte
Anda ya peleando con la muerte.

« A cuantos huellan la terrena bola
Con tanta muchedumbre de naciones,
Basta para matar la hambre sola,
Cuanto mas tantos colmos de aflicciones
Como veis padecer á la española
Que traéis, no con malas intenciones,
Porque bien se colige de lo hecho
Que deseais su bien y su provecho.

« A questo yo lo sé de cierta ciencia,
Y no lo duda persona ninguna,
Y que con regalada providencia
Curais el mal que mas nos importuna;
Pero ¿ qué presta tanta diligencia
Si nos desfavorece la fortuna,
Antes, según que vemos de hora en hora,
Donde bien esperamos se empeora?

« Por estos asperisimos conveses,
Con inmenso sudor y hambre luenga,
Habemos caminado ya diez meses
Sin que hallemos cosa que convenga;
Lástima con desgracias y reveses,
Sin darnos tierra que nos entretenga,
Y cuando se pensó hallar consuelo
Aun para resollar nos falta suelo.

« Faltan soldados muchos y muy buenos,
Como vuestra merced, señor, bien sabe;
Nosotros cada día somos menos,
Cosa no hay que no se menoscabe;
Querer continuar aquestos senos
Tan insufribles, en razón no cabe,
Sino los que tuvieran ya la vida
Con desesperación aborrecida.

« A cualquiera mortal inconveniente
Nunca dejamos de poner el pecho;
No se puede hacer humanamente
Mas de lo que nosotros hemos hecho;
El cielo por ventura no consiente,
Y el camino nos hace mas estrecho;
Antes pues que faltemos de por medio
Demos á nuestro mal algun remedio.

« Y será de remedios el mas cierto,
Segun el parecer desta compañía,
Que nos volvamos al marino puerto,
Antes que nos consuma la montaña,
Pues dejamos camino bien abierto
Que del fruto que hay nos desengaña:
Vuestra merced, señor, lo considere,
Y disponga según le pareciere.»

Dijo su parecer como caudillo
A quien tomaron todos por escudo,
No sin alteraciones del Vadillo
Por ser de sufrimiento muy desnudo;
Paróse demudado y amarillo.
Mas reportóse todo cuanto pudo,
Y aquella primer cólera compuesta,
Estas razones dió por su respuesta:

« Un hombre de quien yo tanto confío,
Por su valor y buen entendimiento,
No debe dar favor á desvario
Con parecer que va sin fundamento;
No porque yo me case con el mio,
Y menos en lugar do voy á tiento,
Antes deseo que se me dé lumbré
Para salir de tanta pesadumbre.

« Mas si tenéis aguesa por segura,
Como tractada ya con gente diestra,
Es como la tiniebla mas obscura
Que da de resplandor ninguna muestra;
Pues para la salud que se procura
No pudo ser consulta mas siniestra,
Y á la seguridad es tan aleve
Que nuestra perdición será mas breve.

« Porque, señores, para la tornada
Por los lugares por do habeis venido
¿ Dejáis la vitualla concertada?
Algun mantenimiento proveído?
Toda la viña queda vendimiada;
Ningun lugar que no quede barrido;
Recurso no lo hay ni yo lo siento
Que pueda proveernos de sustento.

« Y si los indios tienen algun resto,
Que nada puede ser en buen romance,
Bien se puede creer tenello puesto
Donde no le podamos dar alcance;
Esto que digo es tan manifiesto
Que hallareis no ser falso balance,
Antes si quereis ir por esa puerta
Ninguna cosa hallareis mas cierta.

« Pueblo no lo vereis adonde estaba,
Que los indios los mudan facilmente,
Pues visteis que cualquiera los quemaba
Por apartar de sí cristiana gente;
Es allá la montaña muy mas brava,
Mayor y de peor inconveniente;
Tampoco hallaremos sementeras
Con miedo de las gentes extranjeras.

« Porque son indios sumamente brutos,
Carecientes de leyes que los domeñen,
Y han por bueno perder todos los frutos
Dellas porque cristianos nada tomen;
En la voracidad tan disolutos,
Quellos mismos se matan y se comen;
Y es de creer que ya libres de espanto
Harán de los que vuelvan otro tanto.

« Al principio tenían algun miedo,
Pero después cobraron mas aliento,
Usando de sus armas á pié quedo
Y desmandándose cada momento
Hasta sacar los ojos con el dedo,
Sin temor de venir en rompimiento;
Y serán tantos mas los atrevidos
Cuantos volvieran menos y perdidos.

« A toda ley colar mas adelante
Es lo mas sano destos dos estremos,
Con valor y con ánimo constante
De buenos, hasta tanto que topemos
Con gentes que de ver barbas se espante,
Que presto, Dios mediante, los veremos,
Pues la fragosidad desta carrera
No puedo yo creer ser duradera.

« Será pues mi respuesta concluyente,
Que vuelva quien la vuelta deseara:
Que yo juro por Dios omnipotente,
Que cuando ningun hombre me quedare
Ir mi viaje yo tan solamente
Adonde la ventura me guiare;
Esto como lo digo será cierto,
Y no volver atrás vivo ni muerto.»

A questo dicho, no con poca saña,
A pié, sin que curase de rocino,
Comenzó de romper por la montaña
Con indio que adiestraba su camino;
Lo cual visto por los de su compañía,
Habláronle con término benigno,
Diciéndole que vaya do quisiere,
Que todos morirán donde él muriere.

Con estos insufribles sinsabores
Pasaron adelante cuatro días,
Cuyas jornadas fueron muy peores
De lodos y prolifas serranías;
Gastábanse los tristes gastadores
En adobar las cenagosas vías,
Y hubo día, por ser paso malino,
De solo media legua de camino.

En este lago de calamidades
A voces se quejaban del Vadillo,
Y él pasaba por hartas necesidades
Dichas acaso por el mas sencillo;
Pasó pues adelante Juan de Frades
Con gentes, como próvido caudillo,
Mandándole que vuelva, si por caso
Viese luz que denote campo raso.

Caminaron la vuelta del oriente
Dejando por los árboles señales,
Y fué colando por aquella frente
Dos jornadas, al cabo de las cuales
Vió claridad y vió campo patente
Con mucha población de naturales:
Alabaron á Dios desde lo vieron,
Y á dar la buena nueva se volvieron.

Pero como quien va de los cabellos,
Por ir faltos de fuerzas y de brio,
Delicadas las zancas y los cuellos,
Desnudos, y el estómago vacío;
Y así se desmayaron los dos dellos
Al tiempo que pasaron cierto rio;
Mas Juan de Frades prosiguió su via,
Dejándolos allí con compañía.

Yendo por aquel cieno trabajado
Sin alpagates y con harta pena,
Con el Vadillo dió que caminando
Venía de dolor el alma llena;
Danle las buenas nuevas en llegando,
Diciéndole que vieron tierra buena,
Y él á Dios muchas gracias y loores
Por esperar salir destos rigores.

Y todos los demás con los contentos
Y esperanzas de ser campos abiertos,
Tornaron á cobrar nuevos alientos,
Porque ya los traían cuasi muertos;
Todos son en quitar impedimentos
Viendo cómo los toros eran ciertos,
Por llegar cada cual do se rehaga
Y salir presto de tan grave plaga.

Y así segundo día ya pasado
Después que fué la nueva percibida,
Salieron á lo raso y escombrado
Do vieron poblacion bien estendida:
Hallan el primer pueblo despoblado,
Aunque con abundancia de comida,
Y por el buen recurso que allí hubo
El campo veinte días se detuvo.

Entre tanto Joan Ruiz de Molina,
Con la gente que estaba menos lesa,
Sus pasos á rancheos encamina,
Y captivo de gente buena presa,
Con dos mil pesos de moneda fina;
Ansimismo vió mas amplia dehesa,
Ameno valle todo cultivado,
Y poblacion por uno y otro lado.

La gente con deseo de ganancia,
Que ya mas reformada se sentia,
Al valle se pasó, cuya substancia
Era de señalada mejoría;
Allí se procuró con gran instancia
Saber cómo la tierra se decia,
Pero los siete indios caramantes
Huyéronseles una noche antes.

Y así, por lo demás que se pretende,
Segun necesidades ocurrian,
Aquesta falta mucho los ofende,
Pues aunque destos indios inquirian,
Ninguna de las lenguas los entiende
Ni supo declarar lo que decian,
Y con reiterar en la respuesta
Ninguna cosa dicen manifiesta.

Viendo ser nada cuanto se replica,
Por ser allí la diferencia tanta,
Ofrecióse Francisco de Mojica
Ir por algun gandul á Caramanta,
Por ser lengua que estotra verifica,
Y por las quellas traen se discanta,
Y así sin tomar tanta pesadumbre
Unas á otras se darian lumbre.

Este con caballeros y peones
A la lijera fué por la montaña;
Llegaron donde son sus intenciones,
Ven con obscuridad una cabaña,
De do trajeron muchos en prisiones,
No sin defensa de guerrera saña,
Pero como soldados de momento
Salieron con honor del rompimiento.

Llegados pues donde los esperaban,
El Vadillo holgó con su venida,
Y al fin supieron lo que deseaban,
Porque por lengua dellos entendida
Se supo ser Encerma donde estaban,
Que por sus minas es esclarecida;
Y Cuicui, de quien llevan demanda,
Quedaba mas atrás en otra banda.

Gomo tuviesen pues mantenimiento
Y noticia de minas tan pujante,
Un mes gastaron en aquel asiento,
Sin que quisiesen ir mas adelante;
La gente natural con descontento
De ver sus sementeras de menguante,
Venian á los collados fronteros
A los amenazar con grandes fieros.

Y como ningun día se dejase
De hacer esto, para castigallos,
El Vadillo mandó que se emboscase
Mojica con peones y caballos,
Y cuando la caterva comenzase
A los amenazar y deshonorarlos,
Tomase las espaldas con la gente
Y rompiese por ellos de repente.

Tomó diez caballeros y cuarenta
Peones de la gente mas granada,
Y al tiempo que la noche representa
Estar humana gente reposada,
En parte se metió donde no sienta
El barbarismo vil el emboscada:
Quebrada montiña muy cercana
De do suelen venir cada mañana.

Apolo ya sus rayos estendia,
Dorando las alturas de la cumbre,
Cuando la carnicera compañía
Llegó donde tenia de costumbre,
Y para sus efectos aquel día
Cargó mas arriscada muchedumbre
Con infinitos dardos y saetas
Y estruendo temeroso de cornetas.

La gente del real, que está de cara
De la bestial y bruta pestilencia,
Luego salió de los bubios para
Hacer ostentacion de su presencia,
Y ver ni mas ni menos en qué para
Después que se comienza la pendencia,
Adonde el emboscada ya camina
Con el arremetida repentina.

Los caballos con pechos y con faldas
E ya de muchos días reformados,
Rompen la multitud por las espaldas
Por do nadie pensó ser asaltados:
Quedaron amarillos como gualdas,
Dejándose caer por todos lados
Con una turbacion triste y horrenda,
Sin se desenvolver en la contienda.

El hierro de la lanza se ensangrienta
Con presurosa voz de ¡Santiago!
Peones con espada violenta
En indios hacen no menor estrago;
Creció la crueldad sanguinolenta,
Tanto que en suelo seco hacen lago:
Algunos desamparan los tumultos,
Y otros quedaron como vanos bultos.

Pero muy poca gente quedó viva
Con el ciego furor y turbulento,
Y desta mucha parte fué captiva
Que del lugar no hizo movimiento;
Al campo la victoria se deriva,
De que Vadillo tuvo gran contento,
Y así nunca después deste rebato
Hubo bravosidad ni desacato.

Mas viniendo después de la presura
Garcí-Lopez, finísimo soldado,
Entró por ciertas matas y espesura
A fin de descargar vientre cargado:
Infelice sazon y coyuntura
Y dia suyo mal infortunado,
Pues allí de los bárbaros lucidos
Estaban ciertos dellos abscondidos.

Viéndole por la via deshonesto
Y en ocasion tan bien acomodada,
Saltan con gran furor de la floresta
Rodeando la caza deseada:
Viólos, y como la tenia presta
Puso mano veloz en el espada,
Pero los zaragüelles eran grillos
Para no menear bien los tobillos.

Hiérento todos ellos á menudo
Como tiran á cuerpo descubierto,
Por no llevar á cuestras el escudo
Y del día fatal estar incierto;
Al fin él mató dellos los que pudo
Y el triste miserable quedó muerto;
Los compañeros el rumor oyeron,
Y con lijeros pasos acudieron.

Entran los que se hallan mas espertos,
Mas aunque fué lijera su corrida,
Ya hallaron á cuatro indios muertos
Y al fuerte Garcí-Lopez sin la vida;
Del modo de su muerte fueron ciertos
Por la señal y muestra referida:
Al cuerpo se le dió terrena sima
Y le pusieron una cruz encima.

Y en esta parte, do se representa
Haber sido la muerte y el confueto,
Empalaron después mas de cincuenta
Que estaban harto libres del delito;
Y así toda la tierra se ámedrenta
De modo que no dan guerrero grito,
Antes de paz un cierto señor vino
Y trajo dos mil pesos de oro fino.

Doce de su jaez trajo consigo,
Y al Vadillo habló desta manera:
«Has de saber que Riteron me digo,
Señor universal desta frontera;
Deseo que me tengas por amigo,
Y que el amistad sea verdadera;
Y para que ser tal la mia creas
Yo te quiero mostrar lo que deseas.»

» Si quieres que te cubra mejor pluma,
No gastes aquí mas horas baldias;
Vamos á la provincia de Guacuma,
Jornada solamente de dos dias;
De oro hallarás inmensa suma:
Tinajas, ollas, platos, almofrias;
Y porque tengo cierta confianza
Yo quiero ser la guia desta danza.»

Con tan próspera nueva como esta
Contentamiento recibió Vadillo;
Dióle de mil favores la respuesta
Diciendo que seria su carillo,
Y todos le hicieron grande fiesta
Por prometerellos copia de amarillo;
Pues con tantas tinajas y vasijas
Podian bien casar hijos y hijas.

Mas nunca vieron tan felice año,
Aunque dieron en bien poblado seno,
Pues eran relaciones con engaño
A fin de los sacar de su terreno,
Adonde recibian mucho daño
Y estaba ya vacío de muy lleno;
Pero debajo de lo que decia
En su demanda fueron otro día.

Hallaron por los altos reventones
El camino bien hecho nuevamente
Por estos indios, con las intenciones
Ya dichas en el verso precedente:
Entraron en crecidas poblaciones,
Mas no hallaron ánima viviente;
No ven señal ni muestra de ganancia,
Pero de lo demás gran abundancia.

Ya les habian dicho que barbuda
Gente también llegó por allí antes,
Y no creyeron la razon desnuda
De señales algunas importantes,
Hasta que ya salieron desta duda
Con vellas bien patentes y bastantes,
Que fué la calavera de un caballo
Y otras cosas que de presente callo.

Vadillo pues, sintiéndose corrido
Porque pensó medrar con las migajas,
Al indio dijo: «Di, ¿por qué has mentido?
¿Adónde están las ollas y tinajas?»
Respondióle: «Los indios han huido,
Y llevaron consigo sus alhajas;
Buscad como debeis al enemigo,
Y hallareis ser cierto lo que digo.»

Buscaron, mas no ven señal preciosa
A los humanos ojos agradable,
Escudriñando gente cudiciosa,
Que en esto suele ser infatigable;
Mas vieron á las puertas una cosa
Odiosa, bestial y detestable,
En guadubas hendidas que tenian
Manos y piés de hombres que comian.

Estas guadubas son muy gruesas cañas,
Huecas y altas sobre seis estados,
De que rodean muchos sus cabañas
Componiendo fortisimos cercados,
Que de duro rigor no son estrañas,
Pues han menester hierros afilados:
Córntanlas ellos con agudas guijas,
Y en muchas partes sirven de vasijas.

Tal planta es que nunca lleva fruto
Ni de viciosa hoja se cobija,
Sino ramo de puntas mal instruto,
Y bien puede lo hueco ser vasija,
Pues de los gruesos el mayor cañuto
Tiene capacidad de una botija,
Y ha menester tener el brazo bueno
El que de agua lo llevare lleno.

Son harto mas seguros que de barro,
Y para cualquier uso mas lijeros;
Suele ser su cañuto muy buen tarro
Donde reses ordeñan los vaqueros;
No se les pega de la leche sarro,
Y aunque queden al sol, duran enteros;
Sirve también aquesta cañavera
Para pajizas casas de madera.

Y aun muchas veces yendo los soldados
Fatigados de sed por tierra seca,
Aquellos que son diestros y avisados,
Como conocen ser la planta hueca
Y haber dentro licuores repesados,
Con el espada por la baja rueca
La cortan, y en el hueco hallan tanta
Agua que satisface su garganta.

Tienen pues estos indios inhumanos
Cada cual una guaduba hendida
A su puerta, y en ella piés y manos
De los que las perdieron con la vida;
Pues con voracidad de los hircanos
Tigres, tienen los hombres por comida,
Y es el de mas valor y mejor maña
Quien tiene mas piés puestos en su caña.

En muchas cañas del primer cercado
A manera de fistulas habia
En diferentes partes un horado
Que berido del viento que corria
Como si fuera canto concertado
Formaban consonancia y armonía,
Y de voces concordés y sonoras
Oian música todas las horas.

Ocho noches durmieron en el fuerte,
Y allí de enfermedad que ya traia
Luis de Tapia vió su fin y muerte;
También Diego de Heredia fatal día,
Hombre muy principal y de gran suerte
Y no menos cabal en valentía;
Ansimismo Cristóbal de Villoria,
Cuya virtud á todos fué notoria.

Sintióse mucho su fatal desvío,
Y el licenciado tuvo harta pena,
Juan de Villoria mas, por ser su tío
Del muerto, que sacó de Cartagena
Proveyéndole todo buen avio
Segun que lo pedia la cadena;
Dada pues á los nuestros sepultura,
Siguiéron adelante su ventura.

En Otumán no hicieron cama
Por ver el valle mal acomodado;
Pasan á la provincia de Guarama
Y todo lo hallaron abrasado;
Allí tuvieron mas entera fama
De españoles que van por otro lado,
De los cuales Nacor fué destruida,
Con ser provincia larga y estendida.

Pasan á Dabitó ya mas adelante
De Nacor y sus altas serranias,
Y por ser valle lleno y abundante
En él pararon mas de treinta dias,
Hasta tanto que para lo restante
Se reformaron bien las compañías;
Luego por altas sierras van á tino
Sin que pudiesen descubrir camino.

No pongo cerca desto por memoria
Otros muchos trabajos y afliciones:
Mas ya viendo su muerte ser notoria
Si no hallaban nuevas provisiones,
Adelante pasó Juan de Villoria,
Con algunos caballos y peones,
Prometiéndole tomar aquel cuidado
Y no volver al campo sin recado.

Por haber sido antes Juan de Frades
En inquirir caminos importuno,
Mas no pudo por las fragosidades
Ver en aquellos términos alguno;
Y así para suplir necesidades
El remedio que trajo fué ninguno;
No vió senda, labranza ni bublo,
Mas dió segunda vez en el gran rio.

Tentaron ir á la contraria banda
Ciertos soldados, buenos nadadores,
Para tomar á quien por allí anda
Y descubrir conucos y labores;
Ahogóse Simon en la demanda
Por el agua llevar grandes furores;
Volvióse Juan de Frades menos este
Y sin descubrir cosa que les preste.

Juan de Villoria fué por otras vias,
Espesuras de gran desabrimiento;
Anduvieron perdidos siete dias
Llenos de confusion y descontento:
Desesperadas estas compañías
Hacen al capitán requerimiento
Que salga de montañas y de lodos
Y no permita que perezcan todos.

Mas él los animó con su respuesta
Hasta salir á mas raso terreno
Y de mejor y mas clara floresta;
Y así, pasados dias, al noveno
Dieron en la provincia Proponesta,
Graciosa vista y espacioso seno,
Do vieron tantos campos cultivados
Que quedaron confusos y admirados.

Como la poblacion se descubriese
En valle de comida proveido,
Para que buena nueva se le diese
Al campo que quedaba detenido,
A Mojica con tres mandó que fuese
Con paso presuroso y estendido;
El cual con los demás al campo vino
En menos de tres dias de camino.

Fueron del licenciado recibidos
Con voz de cumplimientos honorosos,
Y consoláronse los afligidos
Deste remedio no poco dudosos;
Los toldos fueron luego removidos
Caminando con pasos presurosos,
Y como se llevaban buenas guías
Tardaron en llegar solos seis dias.

Llana se les hacia cualquier sierra
Por llegar á los otros compañeros;
Y entre tanto la gente de la tierra,
Como por ella viesan extranjeros,
Determinaron de les hacer guerra
Como belicosísimos guerreros,
Y teniendo por cierta la victoria
Dieron en el asiento de Villoria.

El acometimiento fué terrible,
El número de bárbaros sin cuenta,
El son de las cornetas insufrible,
La furia de temor libre y exenta:
Juzgara la razon ser imposible
El poder escapar de la tormenta;
Mas á los de valor y á los inertes
Necesidad los hizo ser mas fuertes.

Cúbrese de penachos aquel valle,
De lanzas y de dardos gran bosque;
Como Juan de Villoria pues se halle
Con caballeros diez y peonaje,
Rompe con gran furor haciendo calle
Por medio del ejército salvaje;
Siguiéron los peones tras su huella
Haciendo todos no pequeña mella.

Como cuando novillos mal domados
Van arrastrando golpe de madera,
Que huyendo de quien eran guiados
Entraron en alguna sementera,
Y estando ya los trigos sazonados
Dejan por ellos ancha la carrera,
Hollando y abatiendo las espigas
Con las hendidas patas y las vigas:

Destá misma manera van rompiendo,
Sin que ninguno muestre mano floja,
Soberbia de plumajes abatiendo
Donde la verde yerba queda roja;
Crece rigor, temor, furia y estruendo,
Aquí y allí mortífera congoja;
Este queda sin piés, aquel contrecho,
Otro lanzando sangre por el pecho.

Al tiempo que la guerra comenzaban,
Llegaban á las barbas y cabellos;
Mas como tantos dellos derrribaban
Muchos abaten los soberbios cuellos,
Y por ninguna via comportaban
El ver á los cuadrúpedos entrellos,
Porque por la presteza y el gobierno
Juzgaban ser demonios del infierno.

Y así viendo su hueste tan rompida
Y por diversas partes derramada,
Toda la multitud hizo huida
Dejando nuestra gente fatigada,
Ninguno con tan áspera herida
Que brevemente no fuese curada;
Buscaron el lugar mas á provecho
Donde la fortaleza fué su pecho.

Y fué bien menester lanza y aljaba
Con fuerzas y favores del muy Alto,
Por ser esta nacion feroz y brava
Y barbarismo de temores falto,
Y tal que ningun dia se pasaba
Sin que les diesen un cruel asalto,
Hasta tanto que ya vieron el dia
Que trajo la restante compañía.

La cual como sus fuerzas rehiciese
Para vengar las injurias atrasadas,
Sin que la bárbara nacion viniese
Los iban á buscar á sus posadas,
Y por ser principal el interesse
De tamajiras de oro bien labradas,
Por aquellos lugares y conveses
El campo reposó mas de dos meses.

Tuvieron siempre pasada buena,
Por ser provincia rica y abundosa;
Y allí se desasió de la cadena
De vida corporal y trabajosa
Un noble regidor de Cartagena
Que se decia Juan de Peñalosa,
Y otro Diego Cortés en esta via
Ansimismo le tuvo compañía.

Viéndose pues la gente con talante,
Cabales fuerzas, voluntad y brío,
A fin de proceder mas adelante
Del valle principal hacen desvío:
La tierra por do van es abundante
Y dan tercera vez en el gran río,
De muchas sementeras y de villas
Crecida poblacion en las orillas.

E yendo caminando cierto dia
Cerca del agua que los embarazá,
Toparon una grande ranchería
Que contenia no pequeña plaza,
Hecha por españoles, donde habia
Suelos sin dueño dos perros de caza,
Los cuales á las gentes españolas
Se llegaron triscando con las colas.

Vadillo se quisiera hacer cierto
De qué gobernacion la gente fuese,
Y como buen camino ven abierto
Sin que trabajo ya se recibiese,
Mandó con gente capitán esperto
A que los alcanzase si pudiese;
Hallaron los que van en la demanda
Haber pasado de la otra banda.

Eso mismo hicieron los soldados
Con determinaciones de alcanzallos,
Y de las otras partes de los vadós
Hallaron anchos rastros de caballos
Y mas de siete mil indios armados,
Que de cierto señor eran vasallos;
Mas como viesan hueste tan pujante
Con temor no pasaron adelante.

Contaron lo que vieron en llegando
Y cómo los retrajo cuerdo miedo,
Mas lo que no supieron caminando
Después se lo dijeron á pié tuedo;
Y fué seguir los indios deste bando
Las partes de George de Robledo,
Prestándole favor para la guerra,
Contra los moradores desta tierra.

Examinando pues dudosos trances,
De que nacian varias opiniones,
Diferentes juicios y balances
Sin atinar á las resoluciones,
Siguió Juan de Villoria los alcances
Con algunos soldados y peones,
Hasta llegar á bárbara cabaña
Que de ver españoles no se estraña.

Antes sin le mostrar pecho contrario
La gente que en el tambo residia
Les proveyeron de lo necesario
Con apacibilidad y cortesia;
Mas el hablar, por ser acento vario,
Por señas solamente se entendia;
Y allí hallaron puercos y gallinas
En aquellas regiones peregrinas.

Proceden adelante ya por via
Para la proseguir asaz patente,
Hasta llegar á Lile, que es hoy dia
Calli, y así se llama de presente,
Quel capitán Miguel Muñoz habia
Poblado por Pizarro nuevamente;
Y Sebastián de Benalcázar era
El general de toda la bandera.

Antes de ser á la ciudad venidos
Los vido quien velaba los altoros;
Salen algunos bien apercebidos,
Y conociendo ser conquistadores,
Fueron con gran aplauso recebidos
De todos estos nuevos pobladores,
Dándoles hospedaje convenible
Con el regalo que les fué posible.

Y sabiendo ser breve la jornada
De donde se quedó Juan de Vadillo
Esperando razon determinada
De quién fuese la gente y el caudillo,
La gente deste pueblo mas granada
Acordó de salir á recebillo,
Con ellos por personas de mas fondo
Pedro de Ayala y Antonio Redondo.

Los cuales le llevaron el recado,
Y ambos, en cumplimiento del oficio,
Suplicaron al dicho licenciado
Les hiciese tan grande beneficio
De ver aquel lugar recién poblado
Y recibir en él algun servicio;
Vadillo tuvo cumplimientos bellos,
Y por los contentar se fué con ellos.

Mas por las casas ser en esta era
Pocas, donde vivian encogidos,
Los soldados se ranchearon fuera,
Do fueron largamente proveidos,
Por ser los del lugar en gran manera
Nobles y cortesianos comedidos:
Allí fué pues el dicho licenciado
Ocho dias ó diez muy regalado.

El tiempo que decimos ya pasado,
El comendador Sosa, su teniente,
Segun que pareció por su mandado
Al campo convocó toda la gente;
Y después que los hubo congregado,
El Vadillo les dijo lo siguiente:
«Amigos y señores, sed servidos
De me prestar atentos los oídos.

» Bien escrito terneis en la memoria
Con cuál intento fué nuestra venida,
Los trabajos y pérdida notoria,
Unos de su caudal y otros de vida,
El provecho ninguno, poca gloria
De tanta desventura padecida,
Y sobre tantos males, no pequeño
Aportar á region que tiene dueño.

» Pizarro tiene desto la conquista
Con posibilidad engrandecida;
Benalcázar la tierra tiene vista
Y hasta la de Encerma recorrida,
De todos los caciques hecha lista
Y toda la provincia repartida,
De manera que ya no tiene cebo
Aquel que por aquí viene de nuevo.

» Adelante, segun habeis oido
De los que de Pirú por horas vienen,
Está todo de paz y repartido,
Y cuantos indios hay señores tienen
Lo cual examinado, soy movido
A tractaros negocios que convienen
Para que como gente generosa
No repareis con tan menuda cosa.

» No sin razon aquesto represento
Por obviar á voluntad mudada,
Porque yo poco mas ó menos siento
De muchos que la tienen depravada,
Y están, desde que vinieron con intento
De rematar aquí nuestra jornada,
Contentos con maiz y con tocino
Que les dan á la mesa del vecino.

» De lo cual le resulta gran afrenta
A cualquiera varon de casta buena,
Pues como mendicante se sustenta
De los relieves de la mesa ajena;
Y es loco si con esto se contenta
Quien podría tener la suya llena,
Sin contemplar á huéspedes la cara
Si la tienen sin luz ó muestran clara.

» Que muchos lo dan hoy de buena gana,
Teniendo la comida bien guisada,
Y por ventura no lo dan mañana,
Faltando con qué pueda ser comprada,
Y aun por molestia ser cotidiana
Quiéren que desembarguen la posada;
Pues bien sabeis que huésped de por vida
Es pesadumbre muy aborrecida.

» En parte ver agora no quisiera
Soldados que por míos no se cuentan;
Mas huélgome de ver en gran manera
Donde estos moradores se aposentan,
Para que vean los de mi bandera
Con cuán poquita cosa se contentan,
Y que si lo mirais, dejais, señores,
Atrás tierras mas ricas y mejores.

» Bellos y fertilísimos asientos
Que no se harta vista de mirallos,
Donde podeis tener repartimientos
Con número crecido de vasallos,
Noticias de soberbios nacimientos
De oro que podeis luego labrallos,
Demás de valles y de poblaciones
Que deben de tener otros rincones.

» Porque no todo puede ser visible
En tierra tan doblada y estendida,
Mayormente con tiempo tan terrible
Y cuasi sin parar nuestra corrida;
Así que tengo yo por imposible
No quedarnos callada y abscondida
Grande prosperidad á cualquier mano,
Que podremos hallar este verano.

» Por tanto yo, señores, os suplico
Que ninguno rehuse la carrera,
Porque mediante Dios ha de ser rico
Aquel que no dejare mi bandera;
Y de mi tractamiento certifico
Como será con amistad sincera,
Pues aunque tengo repentina ira
También sabeis que luego se me tira.

» De los bienes que tengo no soy duro,
Y bien conocen todos los presentes
Con cuánta caridad y amor procuro
La vida y la salud de los dolientes,
Y que con claridad ni con obscuro
Nunca fui de los menos diligentes;
Antes en cualquier riesgo manifiesto
Con todos los demás me hallé presto.

» Cualquiera bueno pues que me siguiere
Y con mi voluntad se conformare,
Sepa que moriré donde él muriere
Y él gozará de lo que yo gozare;
Y el que contrario parecer tuviere,
También me holgaré que se declare
Para que percebida su respuesta
Haga la diligencia que me resta.»

Dijo Vadillo lo que pretendía,
Segun manifestó con pecho sano,
Y visto que ninguno respondía
De soldado novel ni veterano,
Francisco de Mojica fué la guía
Que para responder tomó la mano,
Declarando comunes intenciones
En esta breve copia de razones:

« Señor gobernador, bien entendida
Tenemos todos la voluntad vuestra,
Porque de la merced hoy prometida
En el viaje distes clara muestra,
Y en serviros, sin falta conocida,
También sabeis cuán buena fué la nuestra,
Y aun con venir tan llenos de fatiga
No faltará quien vuestros pasos siga.

» Pero de muchos otros imagino,
Y de todos será la mayor parte,
Que no querrán volver por tal camino
Ni habrá quien del contrario los aparte;
Pues á muchos hablé cuando convino,
Y sus respuestas fueron de mal arte,
Y sus respuestas fueron de mal arte,
Y con escusa que parece justa.

» Porque dicen que vienen del viaje
De todas cosas mal apercibidos,
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,
Llagados, estragados y perdidos,
Pocos caballos y ningún herraje,
Y sin poder aquí ser proveidos;
Pues los desta ciudad bajos y altos
También de muchas cosas están faltos.

» Y si de los vecinos hay presea,
Que por se la pedir á precio sale,
Ninguno dellos hay de quien no crea
Que para la vender no se regale,
Y el precio que pidere que no sea
Seiscientas veces mas de lo que vale,
Y ninguno de nos tiene quilates
Para comprar dos pares de alpargates.

» Volver pues pocos, mal encabalgados,
Y sin llevar de cosa cumplimiento,
Sería propio de desesperados
Y faltos de cabal entendimiento;
En conclusion: yo sé que los soldados
No se pornán en este detrimento,
Y así vuestra merced no los espere,
Sino haga lo que le conviniere.

» Lo que resta, señor, es que veamos,
Pues es cosa que á todos nos conviene,
Ese poco caudal que rancheamos
Y que vuestra merced en guarda tiene,
Para que lo pesemos y partamos
Y sepa cada cuál lo que le viene:
Que bien es menester en los extremos
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente
En se hacer del oro partimiento,
Pero de remontarse la gente
Sintió mas que mortal desabrimiento;
Y así tentó por via diferente
Haciéndoles un gran requerimiento,
Y entonces si pudiera tirar puyas
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato
Viendo que diligencia no le presta;
Mas recelándose de desacato
Mudó su condicion en mas modesta,
Porque hubo murmurios de mal trato
De gente no del todo bien compuesta:
Al fin la particion que se pedia
Quedó de se hacer siguiente dia.

De la manera que decimos queda,
Y fué su voluntad determinada
Para que con razon y cuenta pueda
Ser á gusto de todos liquidada;
Pero por un Ledesma la moneada
Aquella misma noche fué hurtada,
Que, como su privado, habló largo
Con el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,
A las lisonjas dando suelta rienda,
Como estaba debajo de su cama
Del Vadillo y al lado de la tienda,
Un negro del Ledesma, segun fama,
Hurtó por su mandado la hacienda,
Y cuando sintió ser el salto hecho
La práctica dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,
Segun el uso de amistad estrecha:
Imputan al Vadillo la dolencia
Desque remaneció la maldad hecha;
El cual perdió del todo la paciencia
Viéndose macular desta sospecha,
Y con bríos y feroces modos
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo
Con Villoria y algunos caballeros
Que de su voluntad quieren seguillo
Sin que lleven recurso de dineros,
Por los coger Ledesma su carillo
A ellos y á los otros compañeros,
Y el licenciado iba con consejo
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Constó de la maldad ser inocente,
Porque desde de Lile fué partido
El que decimos ser el delincuente
Mejoró las alhajas y el vestido,
Y por velle gastar tan largamente
De los demás soldados fué tenido
En aqueste delito por culpado,
Por donde lo pusieron á recado.

Tomó del crimen el conocimiento
Un alcalde que fué George Robledo;
Al amo y al criado dió tormento
Con los rigores de juez acedo:
Negaron ambos con viril aliento,
Mas al cabo Ledesma con el miedo
El oro dió, de mas mal sospechoso,
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,
Del oculto lugar lo desentierra,
Y repartióse por los pretendientes,
Segun que trabajaron en la guerra;
Disimulose con los delincuentes,
Y al crimen y maldad echaron tierra,
Pues mas gritaban al juez severo
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido
Sin haber el Vadillo parte dello,
Con gente que seguía su partido
Llegó Luis Bernal para prendello;
Y como le dijese ya ser ido,
Nunca curó de mas seguir su huello,
Por ir cansado ya, de cuya causa
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su via
A Panamá, segun se da noticia;
Y el licenciado Santa Cruz tenia
Allí malsin con carta de justicia;
Y aunque la gente que lo conocía
Con amistad lo tracta y acaricia,
Llevaronlo con guardas y cadena
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia
Y anduvo bien trabada la reñeilla;
Al fin él apeló de la sentencia
Y preso lo llevaron á Castilla,
Adonde pareció por su presencia
Ante jueces de suprema silla,
Y en la grito de cargos y descargos
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodriguez Gil, que fué por esta
Sazon allá, le dijo: « ¿ Por qué tiene
La sentencia tardanza tan molesta,
Y no pide con priesa que se ordene? »
Dióle Juan de Vadillo por respuesta:
« Por ser cosa que menos me conviene,
Antes la dilacion yo la procuro
Porque con ella vivo mas seguro. »

Después, teniendo fiaca la costilla
Y posibilidad menoscabada,
Murió, segun me dicen, en Sevilla,
Sin ser su causa toda sentenciada.
He dado cuenta sin faltar hebilla
De lo mas substancial de su jornada;
Y así quiero primero que mas diga,
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO OCTAVO.

Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los incultos versos desta historia,
Que nunca de verdad tienen inedia,
Hemos dejado puesto por memoria
De la suerte que fué Pedro de Heredia
A Castilla, por la pasion notoria
De quien ya recitamos su tragedia;
Y resta por que todo se concluya
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,
Y como fuese negociante viejo,
Después de los jueces informados,
Presentó los procesos en consejo,
Y vistos los agravios y notados
En su favor halló buen aparejo;
Y ante la majestad del rey invito
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado
Y de su calidad estando cierto,
Lo nombró luego por adelantado
De lo que por él fuese descubierto;
El oro le volvieron secuestrado,
Porque constó hacérsele gran tuerto:
Y así por su bondad, gracia y aviso,
Sus causas concluyó segun que quiso.

Mas antes, como queda repetido,
Contra quien lo quitó de su reposo
Pidió juez, y fuéle proveido
A Santa Cruz, un hombre virtuoso,
El cual en Cartagena recibido
No procedió por orden riguroso,
Pues en el tiempo que duró con mando
Menos pecó de duro que de blando.

Corrian ya, segun cristiana cuenta,
Cuando por tal juez Santa Cruz vino,
Sobre mil y quinientos y cuarenta
Otros dos años del natal divino,
Y entonces por obispo se presenta
Fray Hierónimo de Loaysa, dino
De gobernar mas estendidas greyes,
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia
A la sazón que Santa Cruz gobierna,
Y viniendo de la real presencia
Por un oidor Lorenzo de la Serna,
Tomóle de camino residencia,
Que fué de licenciados la mas tierna;
Y por irse los dos aquel invierno
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada
Y antes de dar Vadillo la estampida,
La villa de Mopox era poblada
Y entre nobles su tierra repartida:
Por Alonso de Heredia fué fundada,
Y los vecinos, gente bien nacida,
Todos ellos soldados escogidos
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destes,
Ayllon y Andrés zapata, principales,
Los dos Sedeños, hombres bien compuestos,
Y un padre y hijo dichos Sandovalés,
Retes y Rentería siempre prestos
A dar de su valor buenas señales;
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos
Y Alonso de Caravajal no menos.

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,
Cogollos, Cano y otra gente buena,
En la guerra ninguno mano manca

Y para peregrinos siempre llena:
Está la villa sobre la barranca
Del rio grande de la Magdalena,
Tanto que cuando va menos quieto
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio
De muchas cosas, fructas y pescado,
Mas de mosquitos no poco bullicio
Siempre que sopla viento sosegado:
Los caimanes les comen el servicio
Cuando llega por agua descuidado;
Hay manaties, pesca de deleite,
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este rio dellos abundoso
Sin le faltar invierno ni verano:
Es pece grande y en sabor gustoso,
Para los achacosos no bien sano;
En guisados y en tiempo tenebroso
Esta manteca tienen á la mano,
Segun ala la cola, y á manera
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero
Y alguno como mas crecidas reses;
Indios algunos usan de su cuero
Haciendo del adargas y pavese
Que no puede pasar indio flechero,
Y hacen poca mella los reveses;
Son torpes en remanso y en corriente,
Y así los pescan indios fácilmente.

También aqueste pueblo se regala,
Con los refrescos que de España tienen,
Por ser este lugar puerto y escala
De tractantes que al nuevo reino vienen:
Y allí hacen el precio y el iguala
Para que sus viajes les ordenen
En canoas, con bárbaros remeros
Que les granjean copia de dineros.

Cincuenta leguas ponen por el rio,
Desde la mar á la ciudad novela,
Y bien puede venir alto navío
Si hinche viento próspero la vela,
Segun un singular amigo mio
Lo hizo con su propia carabela,
En Indias de los viejos peregrinos
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto
En letras y en virtud, y tan bastante
En los etéreos cursos y el efeto
Dellos, que si no fuera tan distante
Dijéramos algunos que Juan Nieto
No podía no ser nieto de Atlante
O de Conon, Meson, Anaximenes
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria
Por esta gracia ya conmemorada,
Y no menos son dignos de memoria
En Indias los efectos de su espada,
En allanar provincias de Victoria
En este nuevo reino de Granada,
Como mediante Dios dirá mi marte
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene
Poner aquí la muestra deste rio,
Con pueblos de españoles que mantiene
Con sus tributos bárbaro gentío,
El dicho, por el gran curso que tiene,
Aqui lo dibujó por ruego mio,
Con rumbos y derrotas y tal traza,
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata
Regirse por cabildos el rebaño,
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata
En Mopox gobernaban aquel año;
Los cuales por tener la gente grata
Y porque el ocio no causase daño,
Determinaron de correr la sierra
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte. (N. de los E.)

Y siendo por los dichos acordado
Que se nombrase capitán decente,
El Alonso de Heredia fué nombrado
Por estar en el pueblo de presente,
Y ser hermano del adelantado
A quien ver esperaban brevemente:
Ej cual, puestas las cosas en concierto,
Salió con cien soldados deste puerto.

Algunos van con intencion malina,
Porque no muchas leguas desviados
Aquel Andrés Zapata se amotina
Con la parte mayor de los soldados,
Y al tiempo que por él se determina
Al Heredia prendió y á sus criados,
Al cual para Mopox envió preso
Con los que no siguieron su mal seso.

Después de cometer aquel esceso
Por ambicion del mando solamente,
Y sin considerar otro suceso
Que de su sinrazon iba pendiente,
No perturbando nadie su progreso
Acaudilló después aquella gente
Por tierra rica, fértil, bien poblada
En aquella sazón y edad dorada.

Pero su presuncion y su locura
Duró poco después de la rencilla,
Porque sintieron mal de la soltura
Todos los moradores de la villa,
Y vino por la misma coyuntura
El don Pedro de Heredia, de Castilla,
Con el orden y faustos arrogantes
Anejos á los cargos semejantes.

Culparon por varon facineroso
Al Zapata, sus deudos y parientes,
Y como fuese nada perezoso
En obviar á los inconvenientes,
A Mopox vino sin tomar reposo
Y fué tras los incautos delincuentes,
Trastornando las sierras y los llanos
Hasta que le cayeron en las manos.

Con gran facilidad los desbarata
Con treinta, como capitán esperto,
Y á mas de los sesenta maníata
Hasta ser informado de lo cierto:
Huyó de los conflictos el Zapata,
Y no pareció mas vivo ni muerto;
Murieron en los árboles colgados
Cuatro de los que fueron mas culpados.

A Mopox se volvieron con el resto
Algunos enlazados en cadena,
Adonde por un término modesto
Los otros castigó con leve pena;
Indios trajo de paz, y hecho esto
A la ciudad volvió de Cartagena,
No para reposar, mas con intento
De adelantar el adelantamiento.

Y así de los soldados mas insines
Juntó trescientos á las armas hechos,
Carabelas y fuertes bergantines
Llenos de vituallas y pertrechos,
Con los cuales salió destes confines
Y al río Darien fueron derechos,
Y el hermano y el hijo don Antonio,
Que dió de su valor buen testimonio.

Fieras naciones fueron conquistando,
Que todas usan venenosa vira,
El Darien arriba navegando
Donde los contrastó bárbara ira,
Y mas cuando llegó cristiano bando
Al pueblo que llamaban Oromira,
En una fértil isla deste río
Poblada deste bárbaro gentío.

Adelante del buen adelantado
El hijo don Antonio tomó tierra,
Que como valeroso y esforzado
El cobarde temor de sí destierra;
Opónese por uno y otro lado
Pujanza numerosa para guerra
De bárbaros crüeles y valientes,
Con armas y pertrechos diferentes.

Cargó sobre la gente bautizada
La que por su defensa se desvela:
Es de piedras terrible la nubada,
Nube de flechas y de dardos vuela;
Los golpes atormentan la celada,
Descomponen la cóncava rodela:
La confusion, la grita y algazara
Los aires rompe, y el herir no para.

El escuadron cristiano no procede
A mas amplio lugar del que tenia,
Y tal es el que tiene, que no puede
Desenvolverse por ninguna via:
Terrible fuerza hace que se quede
Donde desembarcó cuando venia,
Esperando que lleguen con su mano
El don Pedro de Heredia y el hermano.

Llegaron pues los barcos rezagados
A las turbadas voces y al ruido:
Hallaron á los suyos mal parados
Y al mozo don Antonio mal herido;
Fué con los compañeros y soldados
Dentro de los navios recebido,
Ojeando los indios desde fuera
Con fulminosos tiros de fuslera.

Metia Febo ya carro dorado
En las profundas ondas de occidente,
Y el río Darien conmemorado
Impetüosa trajo su corriente,
En tal manera, que les fué forzado
Al pueblo de Urabá volver la frente,
Donde el gobernador por su querido
Estuvo muchos dias detenido.

Estando pues con sus soldados quedo
En la seguridad deste castillo,
Allí también llegó George Robledo
Por el camino que llevó Vadillo,
Con gente que mostraba con el dedo
Lo que fué menester para seguillo,
Por ser estos de los cartagineses
Que sabian rincones y conveses.

Habia dos ó tres pueblos fundado
Con instruccion por Benalcázar dada,
Como teniente suyo señalado
Y capitán de los de su jornada;
Y el Robledo por ir á mayor grado
Determinó de dalle cantonada,
Y en España pedir al gran monarca
Lo qué pobló con toda su comarca.

Al Heredia dió cuenta del digreso,
La causa que lo trae y el intento,
El cual se concluyó con fin avieso,
Dignísimo de lloros y lamento;
Y como sea largo su proceso,
En este de presente no lo cuento,
Mas en tanto que llega su tragedia,
Querria concluir la del Heredia.

El cual, como Robledo se embarcase,
No dejó de tomar alguna pena
De que por otra gente se poblase
Lo que se descubrió por Cartagena;
Y así, sin que mas tiempo se tardase,
Para Buritica partir ordena,
Llevando de soldados buena copia
A la ciudad que llaman Antioquia.

Donde la mayor parte de la gente
Era de aquella que llevó Vadillo,
Y Alvaro de Mendoza por teniente,
Del don Pedro de Heredia gran carillo;
Aqueste deseaba grandemente
Que la ciudad quisiese recibillo
Por su gobernador, pues era cierto
De su gobernacion lo descubierto.

Y puesto caso que por el ausencia
Del George Robledo gobernaba
Y él mismo le dejó con la tenencia
En tanto que el gobierno negociaba,
Ponia la posible diligencia
En atraer á lo que deseaba
A vecinos, justicia y regimiento,
Haciéndoles aqueste parlamento

«Si, señores, es nuestro presupuesto
Servir al rey con un pecho cristiano,
Entiendo que se puede hacer esto
Muy bien debajo de cualquiera mano,
Como no sea yerro manifesto
O que traiga sospecha de tirano;
Pues aunque sean puestos diferentes,
Al fin al rey estamos obedientes.

» Todos aquellos que esto pretendemos,
Consta por muchas vias y razones,
Que muy mayor servicio le hacemos
En evitar pendencias y pasiones,
Que los que se pusieren en extremos
De largas y sangrientas disensiones,
De que resultan males y caidas,
Con pérdidas de honras y de vidas.

» Con lo cual nos amaga la presente
Venida del señor adelantado,
De lo que hemos poblado pretendiente,
Por ser de gente suya conquistado;
Y así deseo yo que cuerdamente
Este negocio sea consultado,
Y para no hablar sin fundamento
Quiero decir aquí lo que yo siento.

» A todos los que estamos en aquesta
Tierra que por Pirú se nos cercena,
Es cosa por papeles manifiesta
Ser del gobernador de Cartagena,
Pues con soldados y bandera puesta
En ella hizo la primer estrena,
Como testigos sois todos de vista,
Que trabajastes bien en la conquista.

» Y como sabe que le pertenece
Aquesta poblacion y su terreno,
Determinó venir, segun parece,
Para sacallo de poder ajeno;
De gentes y caballos no carece,
Ni de cañones de sulfúreo trueno;
Nosotros carecemos de potencia
Si queremos hacelle resistencia.

» Y aquesta, puesto caso que la bubiera,
Si cada cual de nos fué su soldado,
Algunos buenos se harán afuera
Y ternán por honesto dalle lado,
Por no pelear contra la bandera
Debajo de la cual han militado;
Y es muy mejor que el pueblo se convide,
Dándole llanamente lo que pide.

» Todos tenemos ya conocimiento
De su virtud, valor y cortesía,
Amor, urbanidad, comedimiento,
En paz y guerra, cuando nos regia
Con un caritativo tractamiento,
Y en cualquier ocasion que se ofrecia
De batalla campal ó de recuento
Ninguno se hallaba mas adentro.

» Digo lo que mi seso comprehende
Por evitar algun mortal suspiro;
Y en esto Benalcázar no se ofende
Si lo mirare como yo lo miro,
Y mas considerando que pretende
Jorge Robledo de hacelle tiro,
Yendo para los reinos castellanos
A le quitar aquesto de las manos.

» Y algunos ayudaron con un grito,
Que por no convenir no los enseño,
Poniendo sus servicios por escrito,
Dando dineros para su diseño;
Acá no me parece ser delito
Que volvamos las tierras á su dueño:
Haya resolucion antes que venga,
Y examinemos lo que mas convenga.»

Dijo, y hubo diversas opiniones
Después que percibieron la propuesta;
Y estando proponiendo sus razones,
Sin resumir cuál fuese mas honesta,
El capitán Rodrigo de Quiñones
Tomó la mano para la respuesta,
Y con recato de varon prudente,
En esta junta dijo lo siguiente:

«Razon y obligacion tengo bastante,
Si debe ser amor con tal pagado,
Para hallarme yo muy adelante
En el servicio del adelantado;
Mas en consentimiento semejante
No me conviene ser precipitado:
Que las cosas de honor sabios y buenos
No las hacen á poco mas ó menos.

» Vuestra merced ha dicho lo que siente,
Y aqese parecer tiene por pio:
Yo con licencia desta noble gente
Quiero, señor, también decir el mio,
El cual si se mostrare diferente
No se debe juzgar á desvario,
Pues cosa comun es en menesteres
Haber siempre contrarios pareceres.

» Benalcázar no vió nuestra presencia;
Menos vimos la suya los presentes,
Por él andar con viva diligencia
Descubriendo provincias destas gentes;
Mas en su nombre dimos obediencia
A los que señaló por sus tenientes,
Y en el nombre del rey y del poblamos
Aquesta vecindad adonde estamos.

» Y aunque esta fundacion pública fuese
Y con solemnidad autorizada,
El día, mes y año se escribiese,
Segun la condicion acostumbrada,
Ninguno vimos que contradijese:
Antes por todos fué ratificada,
Y tiene quien agora la subyeta
Su posesion pacífica y quieta.

» Y esto solo condena las reyertas
Que podría mover poca prudencia;
Pues aunque sean tierras descubiertas
Por otros, no consiguen la tenencia
Dejándose las solas y desiertas
Y sin hacer en ellas asistencia;
Y ninguno debria formar queja
Porque pueblen los otros lo qué deja.

» Las dichas diligencias al mas ciego
Jüez le mostrarán camino llano,
Y los de Cartagena yo no niego
Entrar en esta tierra mas temprano,
Y que dieron las cartas en el juego,
Pero ganóle quien jugó de mano,
Procurando hacer nueva cultura
Desque vieron sazón y coyuntura.

» En lo demás de no salir afuera
Deste otro bando donde nos metimos,
Conozco que debajo de cualquiera
Gobernador á nuestro rey servimos;
Mas en tal ocasion, nunca Dios quiera
Que falte nuestra fe donde la dimos,
Pues la lealtad que á nuestro rey tenemos
También á sus júeces la debemos.

» Menos lo que traeis á la memoria
De Robledo, señor, me satisface,
Pues aunque le cargéis culpa notoria,
A la nuestra no borra ni deshace;
Demás de qué á nadie da su gloria
Y á sí tan solamente se complace;
Y quien sopló seria con intento
De que su Majestad fuese contento.

» Reconozco también venir pujante
Como negociacion premeditada,
Pero yo competencia semejante
No la quiero poner en el espada,
Porque medios ternemos, Dios mediante,
Para salir con paz desta jornada;
Y si el adelantado dellos huye,
Con le dejar el pueblo se concluye.

» Irémosnos nosotros, y él se quede
Sin mano le mostrar sanguinolenta;
Daremos los avisos á quien puede
Concedelle lo que pedir intenta;
Y si después algun mal le sucede,
No se podrá poner á nuestra cuenta,
Antes con hacer esto con buen seso
En nada queda nuestro punto lesa.

» Es pues mi parecer que se reciba
Muy bien y sin mostrar alteraciones,
Y conocido dél en lo que estriba,
Daremos las excusas y razones,
Al cual si se le hacen cuesta arriba
Saldrémos con sanas intenciones
A dar razon á quien la tierra tiene,
Con la fidelidad que nos conviene. »

Dijo Quiñones lo que represento,
Como varon entrellos mas anciano,
Y todos los de aquel ayuntamiento
Tuvieron este por consejo sano;
Y ansi vinieron en consentimiento
Sin que contrarios fuesen á la mano;
Apártanse con esto, y entre tanto
Llegó la noche con su turbio manto.

Y cuando de la tierra rebuña
El fumoso vapor de Flegetonte,
E ya febeo rayo descubria
Sus resplandores por el horizonte,
Dorando por el curso que solia
Las cumbres altas del opuesto monte,
Levantáronse todos con intento
De le hacer aquel recibimiento.

El jinete compone su rocino,
Aprieta con reata la coraza,
Vistese fuerte jaco jacerino,
Adarga cada cual dellos abraza;
Salieron una legua de camino
Hasta hallar en él cómoda plaza,
Y al tiempo que venia ya cercano
Regocijaronse por aquel llano.

La tal escaramuza concluida,
Adonde no faltó destreza y arte,
El parabién le dan de la venida
Todos y cada uno por su parte;
Y como fuese gente conocida,
Que fué de su bandera y estandarte,
Correspondia con razon propicia,
Y á todos los abraza y acaricia.

Caminan sin tractar de su litijo
A la dicha ciudad recién fundada,
Adonde con placer y regocijo
Hospedaron la nueva camarada,
Y al buen adelantado y á su hijo
Alvaro de Mendoza dió posada
En la suya, que muchos insistia
Aquel mando le diesen otro dia.

Aquella noche puso diligencia,
Y el intento de todos conocido,
Parecióle mejor mudar sentencia
Y dejar á los huéspedes el nido;
Y ansi hizo con los demás ausencia
Antes de ser el resplandor venido:
El gobernador supo de su gente
Irse los moradores y el teniente.

Por él reconocida la mudanza,
Siguió con pocos hombres tras sus huellos
Debajo de falace confianza
Pensando con palabras atraellos:
Hablóles con amor do los alcanza,
Mas no fué parte para convencellos,
Y los suyos y los del otro bando
Estuvieron allí dando y tomando.

Y entre gente menuda de peones,
Que no fueron personas señaladas,
De términos usaban fanfarrones
Con algunas palabras mal criadas,
Tales que de razones en razones
Vinieron á probarse las espadas,
Y el don Pedro de Heredia mas remoto
Oyó las cuchilladas y aboroto.

Fué para ellos lo mejor que pudo
A fin de mitigar aquel ruido,
Tomando su presencia por escudo
Sin de otras armas ir apercebido;
Y en esta confusion de vulgo rudo
En la mano derecha fué herido,
Y fué de los contrarios un soldado
En la cabeza mal descalabrado.

Por él apaciguadas las contiendas
A su costa, sin ver de quién le vino,
Por evitar revueltas mas horrendas
Y no venir á torpe desatino,
Mandó volver los suyos á sus tiendas
Y los otros se fueron su camino;
Y fué tal la herida de la mano
Que tardó muchos dias en ser sano.

En este mismo tiempo ya sabia
El Benalcázar por informaciones
Lo que George Robledo pretendia,
Y para que lo lleven en prisiones
Capitán y soldados proveia;
Mas ya fueron tardias prevenciones,
Porque llegaron á Antioquia cuando
Iba por altas ondas navegando.

Quien vino para tal efecto era
Su mismo general, hombre valiente,
Aqueste se decia Juan Cabrera
No menos esforzado que prudente:
El cual después en la batalla fiera
De Quito pereció con otra gente,
Ya maese de campo de escuela,
Belicosa de Blasco Nuñez Vela.

Viniendo pues aquesta compañía
Sin ser de los sucesos adevinos,
Encuentran á Mendoza que venia
A los buscar con todos los vecinos:
Oyó Cabrera cómo se movia
A causa de los otros peregrinos,
Y envió luego como varon saje
A don Pedro de Heredia su mensaje.

Y lo que su mensaje contenia
Era decille: « Yo soy un soldado
Al servicio de vuesa señoría,
Por grandes beneficios obligado;
Pues en tiempo que menos poseia
En Nicaragua fui muy regalado
Por el señor hermano, que fué mio,
En buenas obras y en socorro pio.

» Mi denominacion es Juan Cabrera
Tengo de Benalcázar provisiones
Para le defender esta frontera
Con justificadissimas razones;
Y esme testigo Dios que no quisiera
Hallar tan peligrosas ocasiones,
Pues como falte buen comedimiento
Habremes de venir en rompimiento.

» Don Sebastián de Benalcázar tiene
El adelantamiento desta tierra;
Tiene la posesion que le conviene
Que dentro de sus términos encierra,
Y agora vuestra señoría viene
A se la perturbar, mediante guerra:
Es agravio notorio y es ofensa
Que pide por su parte la defensa.

» Y pues por el discurso de su vida
Usó siempre de términos cristianos,
A su bondad suplico que se mida
Primero que vengamos á las manos,
Porque será sin falta defendida
La tierra con los valles comarcanos,
Y por la defender y estar en ella
Habemos de bebellá ó de vertella. »

El don Pedro de Heredia, vista esta
Amenaza del capitán severo,
Alteracion ninguna manifiesta,
Antes recibió bien al mensajero,
Enviándole luego la respuesta
Como cuerdo y honrado caballero;
Y porque no podia tomar pluma,
De sus palabras esta fué la suma:

« Que porque no tuviesen cherinolas
En semejantes averiguaciones,
Y entre gentes amigas y españolas
Cesasen las molestas disensiones,
Ambos á dos se viesen á sus solas
Examinando bien las provisiones,
Y coligido dellas lo mas cierto
Vernian á cualquiera buen concierto. »

Aquel que vino con el embajada
Miró con atencion toda la gente,
Y vióla mal dispuesta y agravada,
Los mas con calentura pestilente,
De la trabajosisima jornada,
No de la de Vadillo diferente;
Y al don Pedro de Heredia no tan sano
Que pudiese valerse de su mano.

Lo cual al Juan Cabrera representa
Y á los que con él eran congregados,
Dando de lo que vido larga cuenta,
Y quel gobernador y sus soldados
Para se defender en tal afrenta
Los mas dellos imposibilitados,
Y andaba fuera la gente mas sana
Visitando la tierra comarcana.

Y los que le quedaban sin aquestos,
Por estar impedidos de mil males,
Como en acometelles fuesen prestos
Sin esperar los otros principales,
Fácilmente serian descompuestos
Y habrian á las manos sus caudales;
Y que en tal ocasion le parecia
Ser esto lo que mas les convenia.

Oidas las razones, insistian
No pocos con cudicia de roballos,
Porque también les dijo que traian
Gran cantidad de negros y caballos,
Con otras muchas cosas que podian
En sus necesidades remediallos:
Condescendió Cabrera con su ruego,
Y para tal efecto partió luego,

Ordenando como persona diestra
Todos sus caballeros y peones;
Y el buen Heredia como vió la muestra
Reconoció las malas intenciones
Y no poder huir suerte siniestra
Si no lo remediaba con razones;
Y ansi salió con una yegua blanca
Y unos papeles en la mano manca.

Entrellos se metió con escribano
Que de los autos diese testimonio,
Y por lo reguardar, allí cercano
Se puso su querido don Antonio;
Mas como ya los otros en lo llano
Entrasen con fureros del demonio,
No se curaron de escuchar razones,
Ni cédula real ni provisiones.

Llegó Francisco Nuñez que es Pedroso,
En este reino harto conocido,
Uno de doce del motin famoso
En la ciudad de Lima cometido,
Cuando fué con remate lacrimoso
Aquel marqués de vida despedido:
Aquel don Francisco Pizarro digo
Por quien huyó Pedroso del castigo.

El dicho pues con los demás venia,
Y al Heredia llegó de los primeros,
Diciéndole con cierta compañía
Que traia de muchos ballesteros:
« Dése por preso vuestra señoría
A mí y á los presentes caballeros;
Pues es merecedor de grave pena
Quien usurpa gobernacion ajena. »

El hijo don Antonio que esto vido,
No le pareció bien tener estanco
El brazo, defendiendo su partido,
Y hubo la suerte de caer en blanco,
Pues en la mano luego fué herido,
De la cual para siempre quedó manco;
De manera que entrambos fueron presos,
Y en bienes y caudal no poco lesos.

Pues luego sin haber quien les defienda
Preseas sometidas á sus hechos,
Recogieron apriesa la hacienda,
Caballos, negros, armas y pertrechos;
Y fenecida la civil contienda
Pusieron escuadrones en asechos,
Los cuales estuvieron en espera
De los que sin los ver estaban fuera.

Esperaron dos dias, y venidos
Los que de nada fueron sabidores,
Estuvieron al mal de los vencidos
Y al albedrio de los vencedores;
Ponen por lista bienes recogidos
Estos solícitos recogedores,
Para los repartir por las coronas,
Segun la cualidad de las personas.

Teníanlos con guardas dentro y fuera
En un cierto caney, casa pajiza,
Y otra noche después de la primera
Con fuego tal que los escandaliza,
No saben cómo ni de qué manera,
Todos se convirtieron en ceniza;
Y así se consumieron sin gozillos,
Escepto los esclavos y caballos.

Este gobernador con sus guerreros,
De la manera dicha desarmados,
El padre é hijo como prisioneros
A Benalcázar fueron presentados;
Vieronse los dos viejos sin terceros
Mostrando provisiones y recados:
Aseguraba cada cual su puerto
Y así nunca vinieron en concierto.

El don Pedro de Heredia, no sin pena
Por ver opinion suya decaida
Habiéndola tenido siempre buena,
Y tal que nunca supo ser vencida,
Tuvo por bien volver á Cartagena
Y efectúose luego la partida
Por Panamá, do vino manvacio
Aunque no de coraje ni de brio.

Estando descansado del camino,
No sin alteracion de lo pasado,
Don Francisco de Benavides vino,
Fraile hieromitano, por prelado;
Y entonces un gran mal era vecino
Al perto, que por mí será sumado,
Primero que pasemos adelante
A decir del Heredia lo restante.

Seis años iban ya sobre cuarenta
Del parto de la Virgen siempre pura,
Con mas los quince cientos de la cuenta
Que suelen substanciar un escriptura,
Cuando nuestra ciudad experimenta
Una calamitosa desventura,
Vispera del patrono Santiago,
Dia por nuestras culpas aciago.

A veinte y cuatro pues de julio era,
Dia que se tenia señalado
Para velar al capitán Mosquera
Con una hermana del adelantado,
Antes que lumbre de la cuarta esfera
Tendiese por allí rayo dorado;
Pero cesaron estas bendiciones
Por anticipacion de confusiones.

Y porque de raiz el caso cuente,
La que diré lo fué del alboroto
Alonso de Bejines, un teniente
Del don Pedro de Heredia mi devoto,
A causa de ser grave delincuente
Castigó con azotes un piloto,
Y aqueste con inicua vigilancia
Por se vengar llamó gente de Francia.

Serian los que fueron convocados
Para robar aquestos señorios
Mas de mil hombres bien aderezados,
Todos de belicosos atavios
Y de broncos tiros pertrechados,
Sin lanchas y patajes, tres navios;
Y por el mal piloto que esto ordena
Fueron á la ciudad de Cartagena.

Llegados los piratas al paraje
Que para su negocio convenia,
Antes que diese Venus el mensaje
De la venida deste triste dia,
Guiándose por el piloto saje
En las tinieblas de la noche fria,
Entraron con su tácito concierto,
Sin que fuesen sentidos, en el puerto.